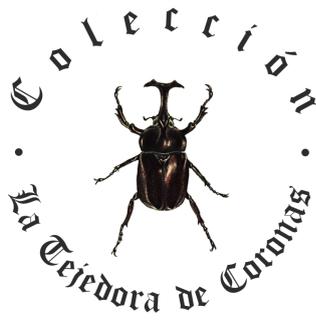


**L O S C I C L O S
D E L A
M A R G A R I T A**

Angie Paola Pedrozo Redondo





© 2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia.
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© Angie Paola Pedrozo Redondo

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova

Edición: Bianca Febbraio Saetta y Nikol Cala

Diseño de portada: Manuela Córdoba

Diagramación y diseño del interior: Juliana Saray Ramírez

Diseño de la colección: Escarabajo Editorial SAS & Abisinia Editorial

Logo de la colección *La tejedora de coronas*: Manuela Giraldo Zuluaga
& Tatiana Bedoya

Ilustraciones interiores: Luis Miguel Maldonado Redondo
www.solosalsero.com

ISBN:
978-628-7546-13-4

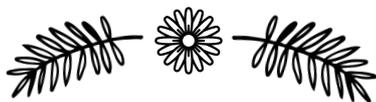
Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia Editorial Escarabajo S.A.S.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.

A mi familia y sus historias

Capítulo I



La alarma de Naty nos despertó y me asusté pensando en mamá. Sentí las piernas de Naty moverse cuando se volteó para acabar con el ruido agudo e infernal de la alarma. Hizo un sonido de pereza, giró el cuerpo hacia mí y me puso un brazo en la cadera; la imité. Olvidé el susto con que me había despertado mientras veía su cara bonita. Se escuchaba el canto de los pájaros afuera y la luz penetraba débil por la cortina.

—Duerme, hermosa —susurró besándome la frente.

Intentó destaparse. Halé las cobijas y me quejé con un sonido de berrinche. Sonrió y volvió a arrojarse. Me recosté en su pecho y me acarició la cabeza. Después de un rato, cuando el sueño estaba volviendo, me apartó con cuidado y se levantó.

Entré con ella a la ducha. Nos miramos los cuerpos en el espejo antes de vestirnos, comparando vulvas, haciendo poses. Recibí apretones en las nalgas; Naty las piropeaba porque, según ella, eran “nalgas de buena costeña”, como yo pensaba de las de mamá. Me sugirió



qué ponerme mientras la veía revolver su clóset, indiferente al caos que causaba buscando una chaqueta.

Puse a hervir leche y a cocinar huevos cuando estuvimos listas. El ambiente de la cocina se llenaba de un olor a frutas que me embriagaba cada vez que el cabello húmedo de Naty se meneaba al pasar junto a mí.

Mamá nos visitaría en la tarde y no podía ver el desorden que teníamos. Naty recogía las fotografías que tomaba, se acercaba y me las mostraba. Solía dejarlas donde cayeran cuando se concentraba en una nueva; teníamos planeado, cuando hubiera tiempo, ponerlas en un álbum. Guardó sus pinceles y pinturas, los sombreros y las manillas fosforescentes que nos habían dado en una fiesta, las tarjetas que nos hacíamos y no podía ver nadie más. Contempló la sala con las manos en la cintura:

—Ahora sí.

—Aún se ve un poquito feo, ¿no crees?

—No me parece. Somos estudiantes, ella entenderá.

Llevamos la comida a la mesa y servimos pan. Pensé en la casa de Valledupar. Mi familia prefería la arepa, los bollos, la yuca y las roscas de queso en la mañana, pero cuando mis papás instalaron su hogar de recién casados en Bogotá, aprendieron a comer pan en el desayuno, de modo que cuando nací, era una costumbre. Nubia, la tercera empleada que tuvimos en Valledupar, implantó de vuelta nuestros hábitos costosos después de que mis papás regresaran a vivir a





su tierra natal, llevándonos a mí y a Leonardo detrás. Recordé los grandes desayunos que Nubia me servía. Había tal cantidad de comida en el plato que la mayoría del tiempo tenía que dejar la mitad para no llegar al colegio con la barriga hinchada y evitar que me bajaran la nota en Educación Física por no querer trotar. Ahora el tiempo de la mañana se iba entre juegos y no alcanzábamos a cocinar algo más complejo que los huevos; Naty llevaba un semestre acostumbrándose al pan.

Estaba segura de que en ese momento me comería todo el desayuno de Nubia con gusto; devoré dos panes del hambre que sentí al recordar. Naty miró el reloj y pegó un grito: ya tenía que haberse ido. Me dio un beso, me mordió el labio inferior, metió una libreta en su maleta y salió corriendo con la comida llenándole la boca. Su falda onduló a través del umbral y la puerta cerrada me impidió seguir viéndola. La empecé a extrañar después de unos minutos. Esperaba que no se sintiera enferma por comer al trote.

Lavé la loza, terminé de recoger lo que Naty había dejado a medias y los libros ya leídos que abandonaba en la sala porque ella también lo hacía. Fui al balcón y consentí con agua fresca a las petunias, alélies y margaritas; les dije que estaban preciosas. Revisé la tierra de la matera donde había sembrado semillas de azucena y miré hacia la calle. La gente caminaba o corría sin poner atención a los demás. Como era habitual en la capital, las nubes grises predominaban y el sol detrás de ellas brillaba con

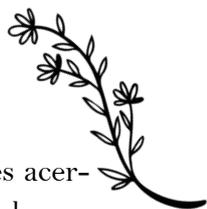




desgana. Aun así, sabía hacer que mis flores no se enristecieran; había tenido una buena maestra: la abuela Carmen.

Los recuerdos de la abuela venían mezclados con imágenes a veces coloridas y otras nubladas de los sueños en los que ella se me aparecía, sentada junto a sus plantas y sus palos de mango. Cuando visitábamos la finca del abuelo Ezequiel, yo solía correr desde la entrada donde él nos recibía hasta los viveros. Así la encontraba, como en mis sueños, sobre una banca, cantando por lo bajo algún vallenato y cortando frutas para hacer una ensalada o verduras para un guiso. Verla allí, confundiendo los colores de su vestido con los de las flores, era saber que ya había alimentado a las gallinas, sacado los huevos y ayudado a mi abuelo con la leche de las vacas. Su imagen me producía una curiosidad que se acercaba al miedo. Al tenerla a pocos pasos de mí, paraba en seco mi carrera y me quedaba mirándola, agitada, preguntándome si sería mejor volver con mis papás o tener el valor de saludarla. Ella siempre lo hacía primero. Levantaba la cabeza con delicadeza, como si no se hubiera dado cuenta de que alguien estaba allí, sino por la necesidad de mover el cuello adolorido por su posición. Dejaba el cuchillo en el tazón, se limpiaba los dedos con un trapo y me abría los brazos sin sonreír, llamándome. Entonces confiaba y me acercaba para darle un beso en la mejilla. Ella hablaba con su hijo y su nuera cuando se acercaban. Luego, al quedarnos solas, me preguntaba por el colegio hasta que terminaba de cortar. Dejaba





el tazón sobre la banca y empezaba las lecciones acerca de las plantas que nos rodeaban. Me contaba un montón de historias antiguas relacionadas con flores, me hablaba de su poder en la naturaleza, me enseñaba a regarlas, a enterrar las semillas y a darles amor. Fui enamorándome de lo que ella me mostraba, desde los seis años, y seguía sus instrucciones al pie de la letra, más que todo con las azucenas coloridas que tenía esparcidas en uno de los viveros; fueron aquellas las flores que más me llamaron la atención. El silencio que se sentía en ocasiones, cuando los animales dejaban de gritar y la gente de hablar, quedaba atrapado en las azucenas. Asociaba eso y su belleza quieta, tranquila, con la de la abuela. Solo los días en que llevábamos a la tía y a su familia me volvía loca brincando de un lado al otro con Naty, correteando entre los árboles y agarrando las plantas del jardín, como si olvidara que esa no era mi costumbre, que las estaba maltratando. Me sobresaltaba al ver a la abuela detrás, con los brazos en jarra, a punto de lanzarnos un grito.

Salí de la casa y llegué a la estación de Transmilenio faltando diez para las ocho. Mientras calculaba el tiempo que tenía después de los parciales y antes de que viniera mamá, llegó el bus que me servía. El Transmilenio había sido inaugurado dos años antes, cuando cursaba grado décimo en Valledupar. Los buses eran rojos, largos, paraban solo en las estaciones donde podían parar y se pagaba en la entrada con una tarjeta amarilla, en vez de dinero, lo que los hacía más ordenados y veloces que los buses que llamaban





“cebolleros”. Naty y yo habíamos subido al Transmilenio por primera vez a inicios de ese año, como extranjeras, perdidas entre los mapas de las rutas y las estaciones. Ahora nos defendíamos bien.

No había sillas vacías. Me ubiqué frente a una ventana y, sostenida del tubo de arriba, observé el paisaje urbano que se desplazaba ante mí. Algunas miradas, desde otros buses, se encontraban con la mía; otras se perdían en algún punto fijo.



Salí con Nicole después del último examen del día. Esperamos a Lucas y Daniela en la puerta del salón y, cuando estuvieron ahí, nos dirigimos a la salida, haciendo bromas sobre las respuestas correctas y los nervios. Escuché una voz que me llamaba antes de cruzar la salida del campus.

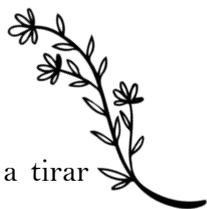
—¡Margarita!

Volteé: David trotaba hacia mí. Al acercarse me dio un beso prolongado en la mejilla. Saludó a Nicole y a Daniela y le estrechó la mano a Lucas. Charlamos sobre la carrera y David se extendió hablando de profesores que aún no conocíamos. Mientras nosotros íbamos en segundo semestre, él cursaba el cuarto.

El sol de las tres de la tarde venció a las nubes, pero eso no impedía que el viento me hiciera estremecer bajo la chaqueta. Íbamos hacia la estación de Transmilenio cuando Daniela preguntó:

—¿Ya se van?





—Pues sí —respondió Nicole—. Me voy a tirar en la cama apenas llegue.

—Nooo, ¿vamos por unas polas? Es el último día de clases.

—¡Sí! —contestó Daniela a la propuesta de su novio.

David estuvo de acuerdo, Nicole no estaba segura, yo no quería. Mientras la convencían a ella, me quedé pensando en lo que yo iba a decir.

—Bueno, pero si va Margarita.

Todos me miraron.

—Obvio, tiene que ir.

David tomó mi brazo y lo puso entre el suyo; quedamos de gancho.

—No sé. Tengo una reunión familiar.

—¿Reunión familiar con tu prima?

David alzó una ceja.

—Con ella y mi mamá. Está aquí en Bogotá. Supongo que llega a la casa como a las cuatro.

—¡Ah!, ¿sí?

—Ajá.

Había pensado que el parcial duraría más tiempo y tendría que salir apurada, pero lo terminamos en una hora. Mamá aparecería hasta el anochecer y, sin embargo, eso no me importaba, quería irme rápido para estar con Naty. Decir mentiras no funcionó.

—¡Ah! —exclamó Lucas moviendo la mano hacia arriba, como expresando que el problema era una pequeñez—. Yo pensé que ya te estaban esperando.





—Sí. ¡Dale!, no seas mala. Nunca te quedas con nosotros —dijo Nicole.

—Además de aquí a donde ella vive hay como media hora en Transmi —terminó David.

La mirada de los demás me decía que se negaban a aceptar un no de mi parte. Me sentí halagada y a la vez avergonzada; si no aceptaba, se decepcionarían y quizá no volverían a invitarme a ningún lado. Al final dije:

—Bueno, un ratico. Pero yo no tomo.

Todos soltaron un “¡ay!”. Caminamos por la séptima y anduvimos varias cuadras. Adelante, Lucas y Daniela iban de la mano; atrás, nosotros tres. Pasamos la calle y entramos a un café bar. David se sentó a mi lado en la mesa y se dirigió a Lucas:

—¿Cuántas tomamos?

—¡Emborrachémonos!

Pedimos las bebidas (yo ordené gaseosa). Después de que estuvieron vacías las primeras botellas, David me acompañó hasta la esquina. Aprovechó para preguntarme por mis papás, yo por los suyos.

Sus padres y los míos se habían hecho amigos dos años atrás, en una fiesta. En aquel entonces sus papás, dueños de una empresa de cerámicas, se encontraban en un viaje de negocios en Valledupar y llevaron a David. Mamá había estado en la cocina con Nubia, dándole instrucciones por más de media hora sobre qué hacer de almuerzo para el sábado, día en que invitaron a la casa a sus nuevos amigos. Y no se arrepintió porque después del almuerzo mi mamá





quedó encantada con David. Se aseguró de que las dos familias tuvieran una relación estrecha y no me dio el lío que esperaba cuando le dije que iba a estudiar en Bogotá con mi prima y no en Inglaterra con mi hermano. En el fondo ya lo sabía y tenía escogida la universidad, una muy buena: la misma de David. A mí me daba igual, siempre y cuando me dejaran ser feliz.

—¿Cómo te ha ido viviendo con tu prima?

—Bien. Me gusta.

—Qué bueno. Hace rato que no voy a tu casa. No me has invitado.

—No he invitado a nadie.

—Espero que me invites en vacaciones, o si quieres me visitas a mí. Hay que vernos.

—Bueno.

Me rodeó con el brazo, me quedé tiesa. Siempre había una tensión extraña cuando estaban David y Natalia juntos, por eso yo prefería visitarlo a él. Había conocido nuestra casa poco después de que llegamos a Bogotá. No vi necesario volverlo a llevar, ni a nadie más. Siempre había sido el lugar de mi familia, pero ahora se alzaba como una representación de lo que mi prima y yo éramos tras la puerta cerrada y de todas las imaginaciones de que fue objeto casi un año antes de que nos graduáramos del colegio.

Leonardo, mi hermano, se graduó de bachiller en 1998 y la primera semana del siguiente año se fue a una universidad de Inglaterra. Mis papás soñaban con verme en el mismo lugar, pero me dejaron decidir en dónde quería ir a estudiar. Naty planeaba





independizarse en Bogotá. Pasó el examen de admisión a una universidad pública y, con el dinero que le darían mis tíos, pagaría el arriendo en un apartamento. Arrastrada por mis ganas de estar con ella, tuve la idea de volver a la ciudad donde había nacido, en lugar de salir al extranjero. Tenía otra buena excusa: el tío Wilson vivía en Bogotá y podría estar pendiente de nosotras.

Mis papás me matricularon en la universidad, pidieron la casa de Bogotá a los inquilinos que la ocupaban (además, el contrato ya casi se acababa) y la ofrecieron a Naty, con permiso de sus padres, para que ambas viviéramos allí durante el estudio y nos cuidáramos mutuamente.

Después de un viaje de mamá para ver la casa y arreglarla, esta estuvo lista. Tras descartar sus ideas caprichosas de ponerme un carro y una cocinera, nos dejaron ir con recomendaciones de los demás adultos, consejos de mi mamá a solas y advertencias para que no me desjuiciada estando con Naty (todos se daban cuenta de que con ella era más hiperactiva de lo que normalmente podía ser). Allí estaba, en Bogotá, viviendo una nueva vida sin papás, con la prima que adoraba, sintiéndome más como una adulta y con el afán que no se me quitaba por estar con ella. Decorábamos la casa, hacíamos lo que queríamos cuando queríamos. Sin embargo, a veces no podía evitar sentirme culpable y empezaba a ponerle límites a mi prima, que ella admitía en silencio, comprensiva, no sabía si también fastidiada. Entonces tampoco invitaba a





sus amigos (no si no limpiábamos y organizábamos, como cuando iba el tío a la casa), ni planeaba fiestas.

Luego de la culpa, la necesidad de ocultar el interior de la casa era mayor. Sentía que si alguien se acercaba podía ver nuestros secretos. En ocasiones era así cuando timbraba un repartidor de comida o si algún vecino nos veía mientras abríamos la puerta.

Eran las cuatro; esperaba a que se acabara la conversación con David. En el andén de enfrente había una pareja besándose. El chico, creyendo no ser visto, agarró una nalga de su novia y la apretó con fuerza. Ella se paró de puntitas, sin despegarse de sus labios. David y yo nos volteamos a mirar para comprobar si habíamos visto lo mismo. Bajé la mirada, riéndome. Él dijo con tono jocoso:

—Qué penosa. ¿No te gustaría que tu novio hiciera lo mismo?

—No tengo.

—Lo sé, pero si tuvieras...

—No sé... —contesté mojigatamente, recordando cuando Naty y yo nos tocábamos—. Seguro a ti te encantaría.

—Obvio. ¿Todavía no hay nadie que te guste?

Varias veces, desde que nos conocimos, charlamos sobre ese tema, pero para él, como para todo el mundo, siempre era la misma respuesta: solo me interesaba estudiar.

—No, nadie...

—¿En serio?

—Sí. Hay muchachos lindos, pero no. ¿A ti?





—De vez en cuando una que otra muchacha me parece linda, pero nada especial.

Resoplé. A muchas otras chicas les daba besos prolongados.

—Ay, son solo gustos. La que más me importa no me pone cuidado...

—¡Ja!

Pensé en preguntar quién era, pero temí la respuesta.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Bueno... Ya me voy.

—Vale, pero nos vemos después. Tengo que contarte algo. Quiero que me ayudes a tomar una decisión.

—Sí, hablamos. Chao.

Seguí por la calle hasta la estación de los buses rojos. Naty comía galletas en la cocina cuando entré. La luz solar se colaba por las ventanas y tocaba su cabello, coronándola, adorándola, iluminando su piel. Tenía puesto su abrigo; acababa de llegar.

—¡Margaret!

Me abrazó, echó el cuerpo hacia atrás agarrándome por la cintura, me alzó y me dio una vuelta. Tomé unas galletas y pasamos a la sala. Le dije cómo me había ido. Expresó una emoción diferente por cada suceso del día que le contaba. Se alegró cuando le enumeré los puntos fáciles de los exámenes, se carcajeó con las locuras de Lucas y frunció las cejas cuando llegué a lo del café bar.

—Pero ¿no te querías quedar de rumba con ellos?

